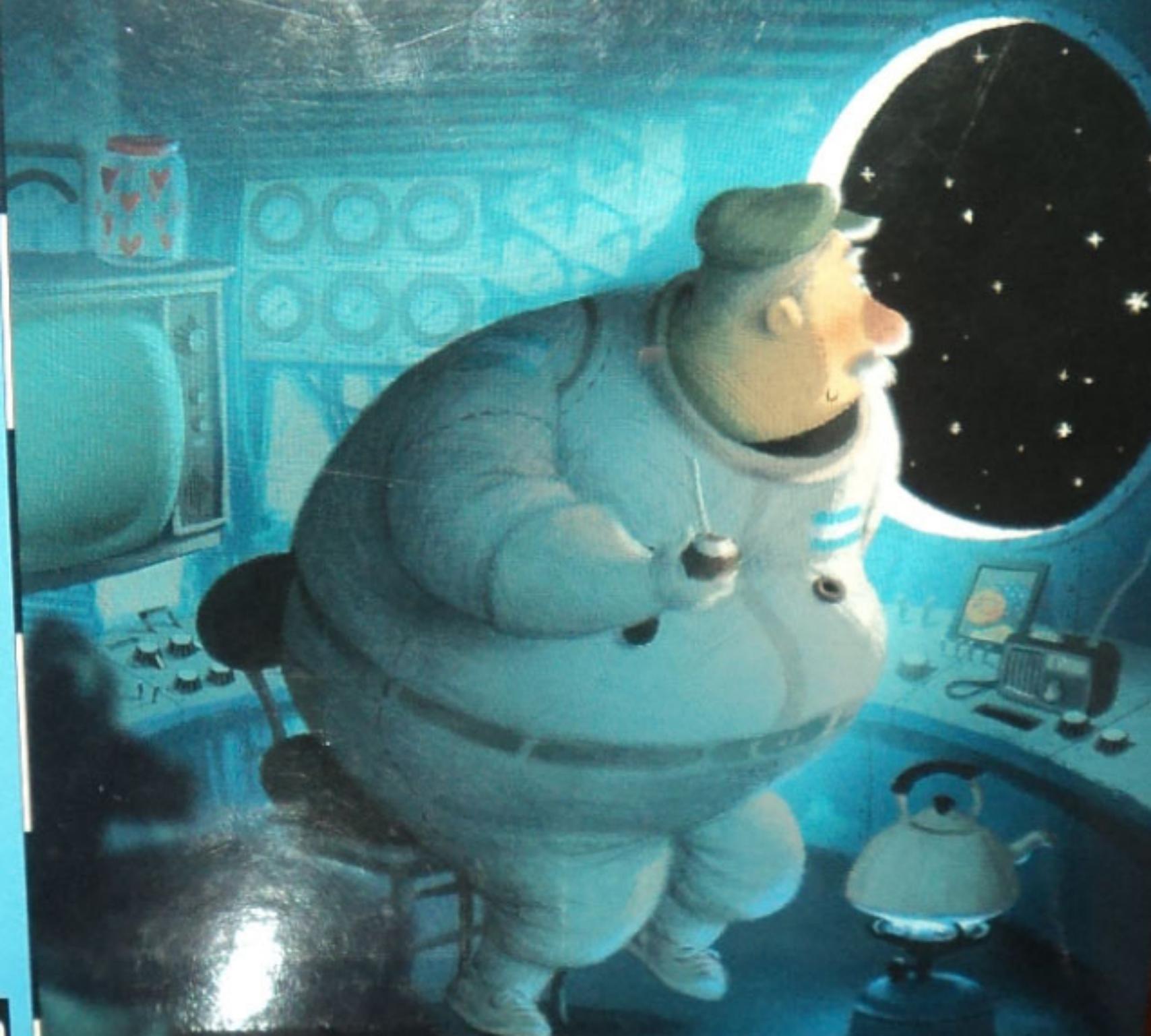




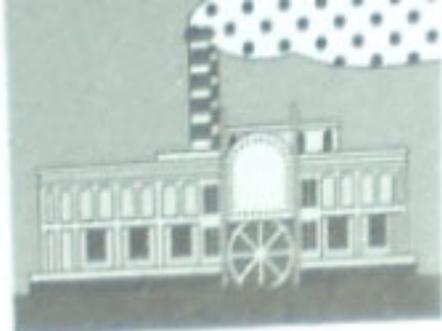
Norma Huidobro

Josepérez, astronauta

Ilustraciones de Poly Bernatene



EL BARCO



DE VAPOR

Norma Huidobro

Josepérez, astronauta

Ilustraciones de Poly Bernatene



sm

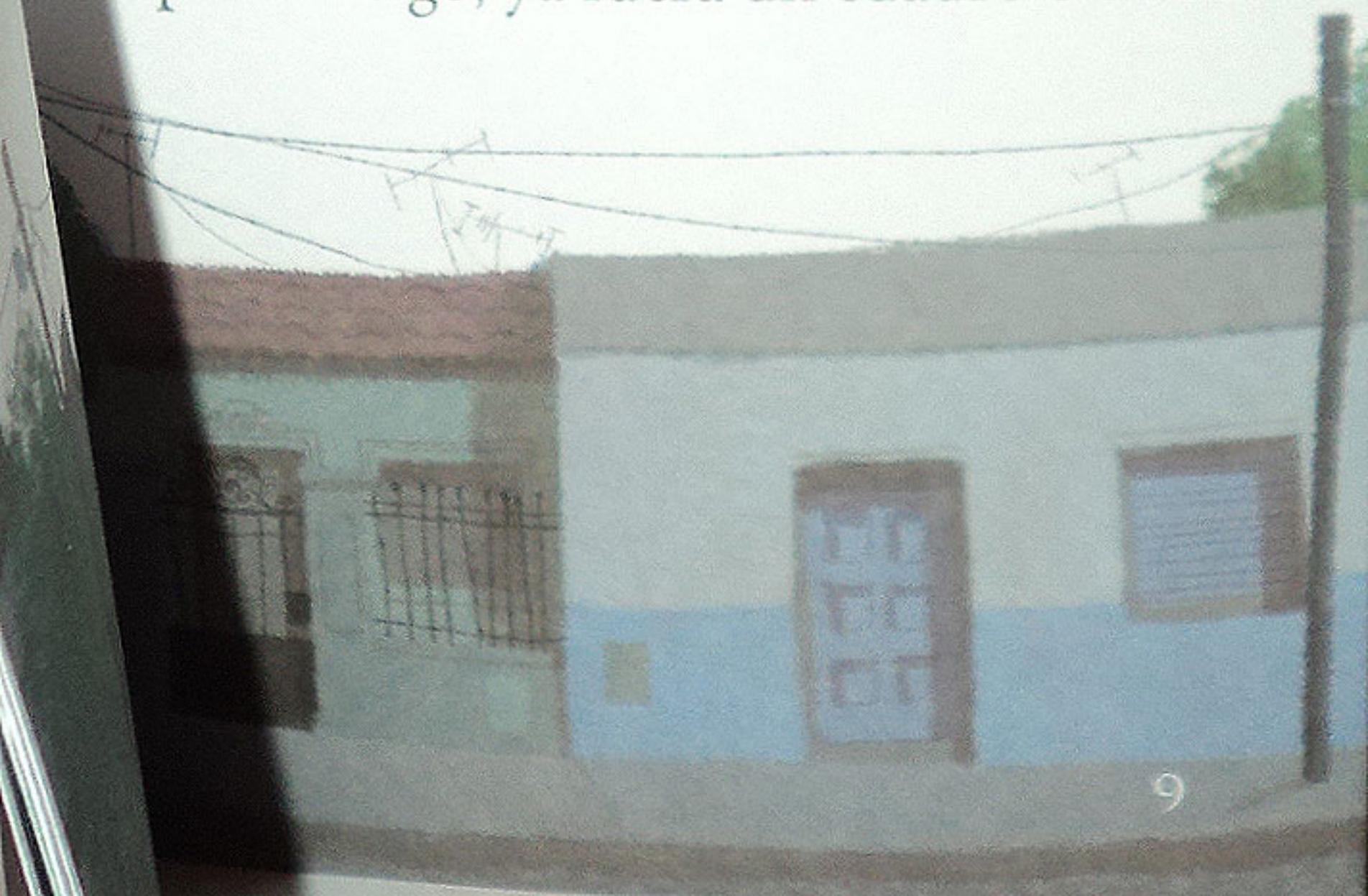
¿A quién se le puede ocurrir ser astronauta por su propia cuenta? Viajar al espacio, además de complicado, es caro, muy caro. Solamente los países muy ricos pueden enviar hombres en misiones exploratorias a otros planetas, y no muy seguido, tampoco. Una nave espacial es carísima. Un traje espacial es carísimo. El entrenamiento de un astronauta es... ¡carísimo! A ver quién se anima, por su cuenta, a hacer un viaje... ¡a la luna, por ejemplo! ¿Quién se anima, eh? Nadie, quién se va a animar.

Sin embargo, alguien se animó. Alguien cualquiera, un hombre como tantos, un vecino común, de esos que con lo que ganan trabajando apenas si les alcanza para

comer y pagar sus cuentas y darse un gusto de vez en cuando, y que tienen una esposa que también trabaja y gana más o menos lo mismo. Aunque hay que reconocer que, a pesar de todo, este hombre y esta mujer vivían bastante bien porque eran muy ingeniosos, y cuando uno es ingenioso, se las arregla mejor que el que no se da maña para nada. Y en este caso los ingeniosos eran dos, así que mejor todavía.



Josepérez, el astronauta, tenía una facilidad asombrosa para las ciencias, la tecnología, los números, las cuentas, las fórmulas químicas y todas esas cosas. No había quién lo igualara en desarmar y volver a armar computadoras, relojes de péndulo, televisores y lavarropas. Analópez, su esposa, nada que ver, ella era pintora. Pintaba cuadros, paredes, puertas, ventanas, sillas, platos, tazas, roperos y todo lo que se le ocurría y todo lo que le pedían, porque Analópez también pintaba por encargo, ya fuera un cuadro o una



casa, un juego de platos o una cortina de baño. Eso sí, cada uno tenía su propio taller de trabajo, es decir, dos galpones, uno para cada uno, al fondo de la casa, después



del patio y del jardincito. De este modo podían trabajar tranquilamente, sin molestarse el uno al otro.



El día que Josepérez terminó su traje de astronauta, armó un revuelo de aquellos. Le quedó precioso. Todo blanco... Bueno, medio gris, digamos, porque lo había hecho con una lona muy gruesa que usaban en el verano para dar sombra al patio y que ya tenía unos cuantos años, por lo que había perdido algo de su blancura original. Pero no importa, el traje estaba muy bien confeccionado y a Josepérez le quedaba perfecto.



—¡Anaaaa...! —llamó a su mujer, mientras salía del galpón con el traje puesto.

Analópez, que en ese momento estaba pintando la bicicleta de la vecina de enfrente, salió de su galpón con un pincel en la mano y el guardapolvo de pintora (que en realidad era un viejo camión heredado de su abuela, que le llegaba hasta los tobillos) manchado de todos los colores.



—¡Oooohhh...! ¡Qué belleza! —dijo, con los ojos redondos como dos uvas—. Jamás en mi vida había visto un traje de astronauta tan hermoso. Aunque...

—¿Aunque qué? —preguntó Josepérez, que ya se veía venir algo que no le iba a gustar.

—Aunque le falta color —dijo Analópez, con una sonrisa y balanceando el pincel en el aire—. Me gustaría pintarle unas rayitas verdes, unos redondelitos azules, algún pajarito amarillo, un árbol...

—Ni se te ocurra —la interrumpió Josepérez—. Los trajes de los astronautas son blancos, blancos y blancos.

Y sin decir ni media palabra más, volvió a su galpón y dejó a su mujer con el pincel en la mano y enumerando en voz baja la larga lista de todo lo que le hubiera gustado pintarle a su traje.

—...unas margaritas apenas rosadas,
racimos de uvas de un violeta furioso,
unas guardas incaicas de color terracota,
gotas de lluvia en celeste pastel, pintitas
rojas...



Pero no hubo caso. El traje quedó blanco medio gris y no se habló más del asunto. Ahora venía la tarea más complicada: la nave espacial. Y acá sí que Josepérez tuvo que aguzar su ingenio al máximo, porque una nave espacial no es algo que se construya así nomás, con dos latas y clavando tres clavitos. No, nada que ver. Se necesitan materiales especiales, de alta tecnología. Menos mal que Josepérez era muy previsor y tenía su galpón repleto de computadoras viejas, televisores de todos los tamaños, heladeras con frízer y sin frízer, lavarropas automáticos y semiautomáticos y montones de aparatos eléctricos, a pedal o a manija que la gente sacaba a la calle cuando creía que ya no servían, para que se los llevaran los cartoneros o el camión de la basura. Josepérez engancharba un carro a su bicicleta y salía por las

noches a juntar lo que podía servirle para construir la nave. Después desarmaba los aparatos, separaba las piezas según la utilidad que podía darles y luego las unía como a él le parecía. Soldaba una placa de metal con otra, perforaba por aquí, perforaba por allá, atornillaba, clavaba, cortaba y pegaba.

Y así, después de tres meses y medio de trabajar casi sin pausa, Josepérez terminó la nave. Le dio dos manos de pintura blanca especial para metales y nada más. Ahí quedó la nave, reluciente como un sol y lista para viajar a la luna, que era el lugar al que Josepérez quería llegar. Ni Marte ni Venus, ni Plutón; simplemente, la luna.

—¡Anaaaa...! —gritó, feliz, mientras salía del galpón, dejando la puerta abierta de par en par.



Analópez, que estaba pintando un enorme cuadro de amapolas, salió de su galpón con una mancha de pintura roja en la punta de la nariz.



—¡Ooohhh...! ¡Qué maravilla! —dijo, con los ojos redondos como dos cerezas—. Jamás en mi vida había visto una nave espacial tan hermosa. Aunque...

—¿Aunque qué? —preguntó Josepérez que, por supuesto, ya se veía venir algo que no le iba a gustar.

—Es muuuuy, muuuuy blanca... —dijo Analópez, moviendo el pincel de un lado a otro—. ¡Qué bien le vendría un poco de color...! Una guirnalda de rosas alrededor de la puerta...

—¿Rosas? —dijo Josepérez con cara de susto.

—Si no te gustan las rosas, puedo pintar campanillas o geranios, o claveles...

—De ningún modo —dijo Josepérez—. Las naves espaciales son blancas, blancas y blancas.

No dijo ni una sola palabra más y se metió en la nave para probar los controles, mientras Analópez seguía contemplándola y enumerando los bellos diseños que le habría gustado pintarle.

—...un río azul con peces saltarines de todos los colores, una franja de rombos turquesa, una guarda griega, estrellas doradas, una luna de plata...



Pero nada. La nave quedó blanca, blanquísima como queda la ropa en las propagandas de jabón en polvo, y no se habló más del asunto.

Finalmente llegó el día de la partida, mejor dicho, la noche de la partida, una hermosa noche de luna llena. Josepérez se



despidió de su esposa en el patio y subió a la nave, pero antes de que cerrara la puerta y quitara la escalerilla, Analópez pegó un grito y le dijo a su marido que esperara un momento. Corrió a su galpón y enseguida reapareció con algo entre las manos. De dos saltos trepó por la escalerilla de la nave y le entregó un frasco a Josepérez.

—¿Se puede saber qué es esto? —dijo él, observando el frasco con detenimiento.

Era un frasco que en su momento había contenido mayonesa y ahora estaba vacío y limpio, con la tapa pintada de rojo y montones de corazoncitos, también rojos, pintados en el vidrio reluciente.

—Es un frasco de corazones —dijo Analópez, con una gran sonrisa.

—Sí, ya veo, y es muy bonito. Pero ¿qué tengo que hacer yo con este frasco?

—preguntó, intrigado, Josepérez.

—Tenés que llevarlo a la luna y traerlo lleno de polvo lunar.

—¿Y para qué...? —empezó a protestar Josepérez.

Pero no alcanzó a decir más porque enseguida le vino a la mente el costurero de caracoles de Mar del Plata, que Analópez había heredado de su abuela junto con el camión, y la gran cantidad de piedras, hojas de árboles, cajitas de madera redondas, cuadradas y rectangulares con el nombre de pueblos y ciudades que alguna vez habían visitado y montones de cachivaches más que su mujer colocaba en los estantes de la biblioteca como recuerdos de lugares, y comprendió que no le quedaría más remedio que volver de su viaje con el frasco lleno de polvo lunar.

—Bueno, bueno, está bien —dijo, al fin—. Polvo lunar, sí señor.

Se dieron otro beso de despedida y Analópez saltó de la escalerilla, sosteniendo con una mano el ruedo de su camión pintor. La nave partió con un gran estruendo, con resplandores de luces rojas y verdes, con una llamarada de oro y una cinta de humo como la cola de un barrilete que se elevaba más y más, y a medida que subía, el ruido disminuía su potencia y dejaba de ser estruendo para convertirse en rumor y después en zumbido, FZZZ... FZZZ... y después ni siquiera eso. Listo. Se fue. La nave se convirtió en un puntito más de ese cielo oscuro repleto de estrellas, con la luna gorda, tranquila y misteriosa colgada bien alto. Luego el puntito desapareció y Analópez se quedó mirando un rato más, hasta que sintió frío y entró a la casa y siguió mirando por la ventana.



A Josepérez no le alcanzaban los ojos para mirar tantas estrellas y tanta luna, porque a medida que se iba acercando la veía más y más grande. De tanto en tanto le echaba una miradita al cuentakilómetros y repasaba mentalmente los cálculos que había hecho con tanto cuidado. Si todo salía bien, en dos días llegaría a la luna. Los cálculos lo preocupaban un poco, tenía miedo de haberse equivocado, de seguir de largo, de ir a parar a Marte, por ejemplo, que era el planeta más cercano a la Tierra. Pero no, se decía a sí mismo, Marte está muy lejos, no podría equivocarme tanto.

El último día de viaje, cuando faltaba muy poco para el alunizaje, Josepérez empezó a cabecear, se moría de sueño; y a pesar de hacer un esfuerzo terrible por tratar de mantener los ojos abiertos, no

hubo caso, sus párpados cayeron, pesados, primero uno y después el otro, y se quedaron cerrados unos segundos, nada más, porque junto con el último párpado también cayó la cabeza, que fue a dar sobre los controles, y Josepérez se despertó. Menos mal, porque si no, se perdía el alunizaje. De todos modos, la nave estaba preparada para alunizar sola; él no tenía que hacer nada, por algo había trabajado tanto con sus famosos cálculos de tiempo y distancia.



Pero Josepérez quería ver cómo descendía su nave en la luna, quería sentir con qué amorosa suavidad se posaba su querida nave en el suelo lunar. Y lo vio, claro que lo vio, y lo sintió. Y se emocionó, con lágrimas y todo. Entonces pensó en Analópez y se imaginó contándole lo que estaba viendo. Se acordó del frasco de corazones, que había guardado en un cajoncito de seguridad para que no se rompiera, lo sacó y lo metió en un bolsillo de su traje; luego hizo descender la escalerilla y empezó a bajar de la nave. Un escalón, otro, otro y así hasta llegar al último; después, un salto lento y corto, y Josepérez pisó la luna.

Oh, qué maravilla, estaba realizando el sueño de su vida, ese por el que había trabajado tanto. Dio unos pasos en cámara lenta, para un lado y para otro, y de golpe se le ocurrió que antes de ponerse a explorar, iba a ser mejor llenar el frasco de polvo lunar, así lo dejaba otra vez en el cajoncito de la nave, donde iba a estar más seguro. Entonces se agachó y trató de juntar un poco, pero...



—¡Qué raro! —dijo Josepérez, en voz alta—. La luna no tiene polvo. No puede ser...

Sus manos enguantadas recorrían una superficie lunar tan lisa como un piso de cerámica y sin una sola mota de polvo.

—¡Qué raro! —repitió—. ¡Todo el mundo sabe que la luna tiene polvo y yo no encuentro nada!

Tan absorto estaba en su tarea, que no se dio cuenta de que unos ojos —dos ojos, más exactamente— lo estaban observando. De repente, a los ojos se les sumó una

VOZ:

—Sí, señor, todo el mundo lo sabe —dijo la voz.

Josepérez se enderezó como si se le hubiera soltado un resorte y sintió que debajo del casco se le ponían los pelos de punta. ¿Me estaré volviendo loco?, pensó.

Miró hacia un lado y hacia el otro, pero no vio nada.

—¡Ahhh...! —suspiró, aliviado—. Estoy nervioso porque no encuentro el polvo lunar, eso es todo —dijo en voz alta, para sí mismo, nada más que porque le resultaba tranquilizador escuchar su propia voz.

—Si lo que buscás es polvo lunar, acá no vas a encontrarlo —dijo ahora la voz, la otra, no la suya.

Josepérez abrió los ojos, enormes y saltones, y la boca, redonda y con todos los dientes a la vista. Volvió a mirar a un lado y a otro, y nada.

—Estoy aquí, abajo —dijo entonces la voz.

Josepérez estaba duro como el cemento. ¿Y si la luna lo había vuelto loco? Ni siquiera se animaba a mirar hacia abajo

como le decía la voz, esa voz chillona y finita que no le gustaba nada.

—¿Y...? ¿Qué estás esperando? ¿Me vas a mirar o no? —dijo la voz, impaciente.

¿Qué otra cosa podía hacer? Obediente y tembloroso, Josepérez bajó la cabeza y miró. Efectivamente, ahí estaba el dueño de la voz, chiquito y gracioso como un dibujo animado.

—¿Qqqui... qui... quién sos? —dijo Josepérez, sin saber todavía si ese ser diminuto que lo miraba con cara de enojado y las manos apoyadas en la cintura, con los brazos en jarra, como pidiendo explicaciones, existía realmente o era una mala jugada de su imaginación.

—¿Cómo que quién soy? —respondió el diminuto, alzando su voz chillona—. ¡Soy un habitante de este planeta!



A Josepérez le causó gracia la pretensión del chiquitín y no pudo evitar una carcajada.

—¿Se puede saber qué es lo gracioso?
—dijo el pequeño, más malhumorado que antes.

—Perdón, no quería ofenderte, pero me causa gracia que digas que la luna es un planeta.

—Yo no dije que la luna es un planeta. ¡Claro que no es un planeta! ¿Quién no lo sabe?

—Pero dijiste que eras un habitante de este planeta...

—¿Y...?

—Y, bueno... Si vivís acá, o sea en la luna, sos un habitante de la luna, no de un planeta...

Antes de que Josepérez terminara de hablar, el pequeñito ya se estaba riendo a

carcajadas. Se agarraba la pancita redonda con las dos manos y daba unos saltos de lo más graciosos, mientras soltaba una risa poderosa que parecía más apropiada para un ogro o un gigante que para un enanito como ese.



—Ja, ja, ja... —reía el diminuto, con lágrimas en los ojos—. ¿Así que este planeta es la luna? Ja, ja, ja...

—¿Y qué va a ser, si no, eh? —dijo Josepérez, que ya estaba perdiendo la paciencia.

Entonces el chiquitín dejó de reírse, se puso serio de golpe, tosió un poquito, se paró bien derecho, cruzó los brazos detrás del cuerpo y dijo:

—Un planeta.

Josepérez, con la paciencia perdida del todo y a punto de explotar, abrió grande la boca para decirle a ese insolente que ya estaba harto de escuchar tantas pavadas, pero no pudo decir nada. El insolente habló primero.

—Si la meta de tu viaje era la luna, te equivocaste. Seguro que venís de la Tierra, ¿no? Desde allí, este planeta no se ve

porque está escondido detrás de la luna. La única manera de llegar hasta aquí es por un error de cálculo.

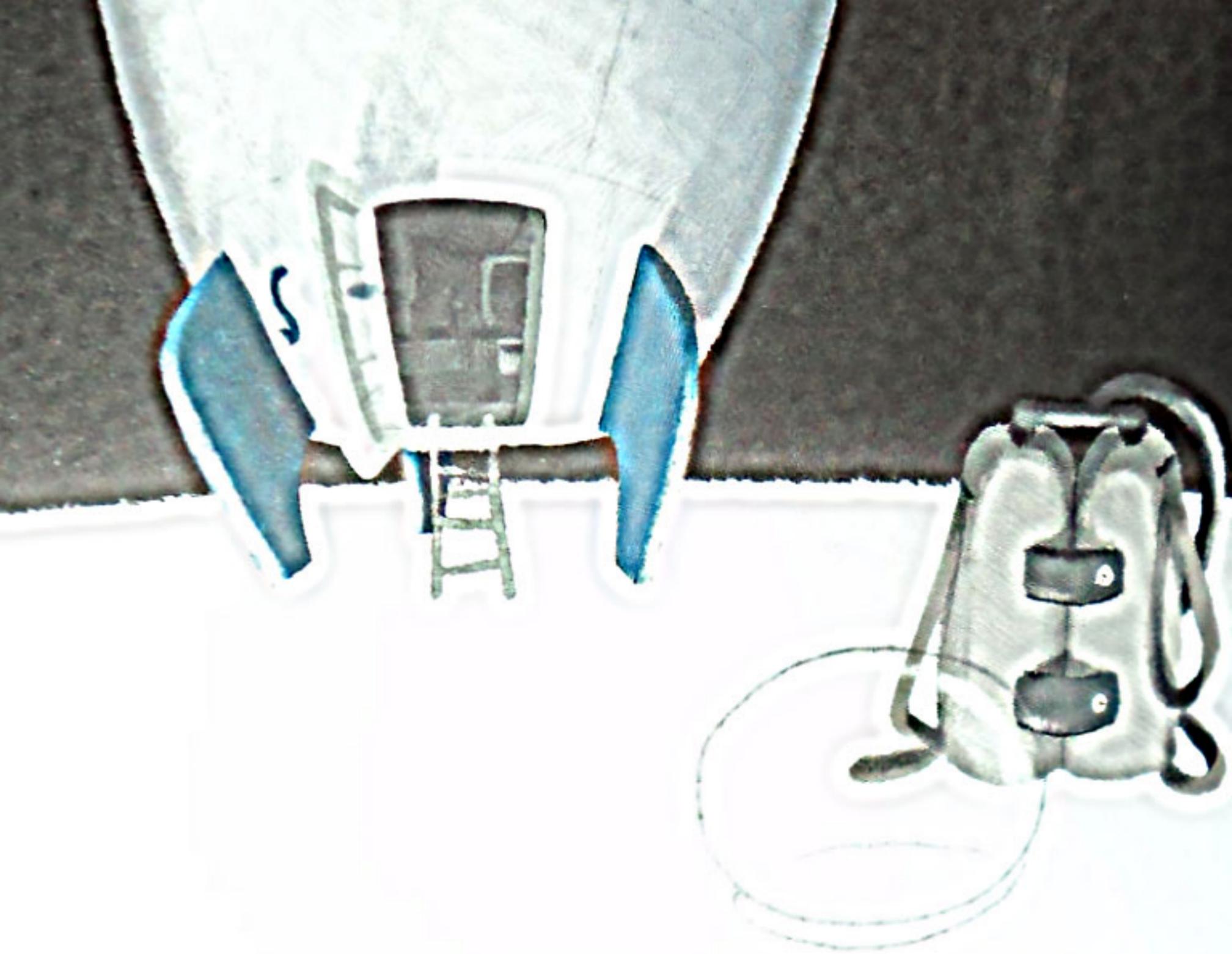
—¿Un error de cálculo? —dijo Josepérez, asombradísimo—. No puede ser, si saqué las cuentas como mil quinientas veces...

—¿Y qué? —dijo el diminuto—. Cualquiera se puede equivocar.

Ante una conclusión tan sabia, Josepérez no supo qué decir.

—Bueno, ya que estás acá —siguió el diminuto—, te invito a conocer mi planeta. Ah, otra cosa, me olvidaba. Sacate el casco y los tubos de oxígeno. Acá no hacen falta.

Sin decir una sola palabra más, el pequeño dio un salto y se hundió en el suelo. Josepérez miró con atención y pasó la mano por el lugar donde había desaparecido el



diminuto, pero no vio ni tocó otra cosa que ese suelo liso, como de cerámica, que ya había tocado antes, cuando buscaba el polvo lunar. ¿Habría sido todo un sueño? No, no podía ser, él estaba bien despierto. A ver, se dijo, veamos qué pasa si me quito el casco. Lo fue levantando lentamente, hasta que le quedó la nariz afuera.

—Ohhhh... Ohhhh... Hay oxígeno como en la Tierra —dijo, maravillado—.



El diminuto tenía razón. Y además de tener razón, existe. No me lo inventé.

Entusiasmado, Josepérez dejó el casco y el tanque de oxígeno en el suelo y dio un salto tímido, pero que le alcanzó para comprobar que el suelo se hundía un poco debajo de sus botas de astronauta. Entonces, envalentonado, saltó con todas sus fuerzas y se hundió, igualito que el diminuto.

¡Plaffff...! ¡Chap! ¡Chap! Cayó Josepérez en un charco de algo parecido al barro o al chocolate espeso, pero de color verde loro.

—¡Mi traje! ¡Mi hermoso traje blanco todo manchado de verde! ¡Ayyy...! —gritaba, apenadísimo—. ¿Y ahora cómo le saco estas manchas?

Mientras Josepérez gritaba, el diminuto, que lo había visto caer sentado en el charco verde —que no era otra cosa que



pintura—, salió corriendo para volver a aparecer segundos después con un frasco rociador entre las manos y cientos de otros diminutos detrás, también cargando, cada uno, un frasco rociador. A la cuenta de uno, dos, tres, y ante la mirada más que sorprendida del astronauta, los pequeños comenzaron a rociarle el traje por los cuatro costados hasta dejarlo libre de manchas verdes, y no solo eso, sino mucho más blanco de lo que era originalmente.

—¡Maravilloso! —exclamó Josepérez—. Es el mejor quitamanchas que...



Sí, era el mejor quitamanchas que había visto en su vida, pero no pudo terminar de decirlo porque en ese momento otra cosa le llamó más la atención y lo dejó mudo de asombro. Josepérez observó que por una parte del techo, a su izquierda, se filtraban, cayendo en diagonal y como a través de un colador, cientos, miles de rayos amarillos. Y por otra parte más alejada, a su derecha y también cayendo en diagonal, una enorme cantidad de rayos azules. Luego miró hacia abajo y comprobó que el charco de pintura en el que había caído estaba situado en el lugar exacto donde se juntaban ambas clases de rayos, de manera que al unirse los amarillos con los azules se formaba el charco verde.



o
os,
con
e.

Los diminutos, que se daban cuenta de que Josepérez era muy curioso, le contaron que también tenían charcos azules y amarillos, que se formaban con rayos de un solo color, y que los rayos azules provenían de la luna y los amarillos, del sol. También le contaron que los charcos de pintura los usaban para zambullirse y salpicarse unos a otros porque era muy divertido.

¡Qué contenta se habría puesto Analópez si hubiera conocido a los diminutos!, pensó Josepérez. Entonces tuvo una idea: ya que no podía llevarle a su mujer polvo lunar, le llevaría un poco de pintura verde loro como testimonio de su aventura. Sacó el frasco del bolsillo, lo desenroscó y se agachó junto al charco. En ese momento, todas las voces chillonas de los diminutos se unieron en una sola exclamación

que dejó a Josepérez quieto, sordo, duro, helado y mudo de asombro.

—¡OOOOOOOOOOHHHHHHH!

—¿Qu... qu... qué pa... pasó...? —lo-
gró articular Josepérez en un susurro.

—¡OOOOOOOOOOHHHHHHH!

—volvieron a exclamar, temblorosos, los diminutos.

Ahora, Josepérez advirtió que los pequeños señalaban con un dedito el frasco de corazones.

—Eeee... ese... co... color —dijo uno de ellos, sin dejar de señalar el frasco.

Entonces Josepérez comprendió. En ese extraño planeta no existía el color rojo.

—¿Nos podés regalar ese color? —preguntó un diminuto.

—Pero no tengo pintura roja —dijo Josepérez—. Lo único rojo que tengo son estos corazones que pintó mi esposa en

el frasco y el frasco lo tengo que llevar con...

—No queremos el frasco —lo interrumpió otro diminuto—. Queremos un corazón, nada más.

Y mientras este hablaba, otro había salido corriendo y ya volvía con una varita de metal, parecida a un cuchillo, mientras otro, que también había corrido hacia otra parte, volvía ahora con un recipiente lleno de un líquido espeso y transparente.

—Permiso —dijo el de la varita de metal, mientras se acercaba al frasco.

—Permiso —dijo el otro, mientras colocaba el recipiente junto al frasco.

El primero empezó a raspar con la varita el corazón más grande, mientras el segundo sostenía el recipiente con mucho cuidado, de manera tal que los minúsculos trocitos de pintura roja cayeran en

el líquido transparente. Otro diminuto, que también había corrido a buscar algo, apareció con una cuchara y se puso a revolver el líquido muy suavemente. Maravillados, los diminutos y Josepérez veían cómo los trocitos de pintura se mezclaban con el líquido, que ya no era transparente sino rojo furioso, rojo tomate, rojo cereza, rojo corazón.



Después, se pusieron a cavar pozos por todas partes y a volcar en ellos pequeñas cantidades de pintura roja. Aparecieron más diminutos con cucharas y cucharones y empezaron a revolver en los pozos. Josepérez no podía creerlo, pero observó que, a medida que los diminutos revolvían, la pequeña cantidad de pintura que había en cada pozo aumentaba hasta llegar a los bordes y casi rebalsar.

Sin poder aguantar ya las ganas, los diminutos se zambulleron de cabeza en los nuevos charcos de pintura. Josepérez miraba, asombrado y divertido, y en ese momento se dio cuenta de que algo más estaba sucediendo en ese extraño planeta, algo que seguramente a los diminutos les iba a encantar.

—¡Miren! —les gritó, señalando un pozo, hacia la izquierda.

Infinitos rayos amarillos se filtraban por esa parte del techo que era como un colador y caían, cálidos y graciosos, sobre la pintura roja, que ya no era roja, sino anaranjada.

—¡OOOOOOOOHHHHHH...!

—exclamaron los diminutos, todos juntos, en una sola exclamación chillona.

—¡Miren! —repitió Josepérez, señalando, ahora, hacia su derecha.

Los rayos azules de la luna se filtraban por ese lado del techo, que también era como un colador, cayendo, frescos y delicados, sobre la pintura roja, que ya no era roja, sino violeta.

—¡OOOOOOOOHHHHHH...!

De un salto salieron los pequeñitos de los charcos rojos y se zambulleron en los anaranjados y luego en los violetas y después otra vez en los rojos y en los verdes

y en los azules, hasta quedar completa-
mente marrones después de haber pasado
por todos los charcos.

—¡El quitamanchas! —gritaba uno.





Y todos corrían a buscar los rociadores y volvían para rociarse unos a otros hasta quedar impecables, para luego volver a zambullirse en los charcos y empezar el juego otra vez.

Josepérez comprendió que ya no tenía nada que hacer en ese planeta, así que decidió que era buen momento para despedirse y volver a casa.

—¡Estoy muy feliz de haberlos conocido! —gritó, mientras guardaba en el bolsillo el frasco de Analópez—. ¡Me voy, tengo que volver a casa! —siguió gritando, en medio del alboroto de los diminutos que se zambullían de cabeza y saltaban de pozo en pozo, felices de la vida.

—¡Gracias por todo! ¡Buen viaje! —le respondieron en un solo chillido.

Josepérez se agachó, estiró los brazos hacia arriba y, de un solo envión, dio un

salto poderoso y atravesó el techo. De nuevo en la superficie del planeta, subió a su nave y emprendió el regreso.

Qué raro, pensó Josepérez, minutos antes de aterrizar en el patio de su casa: los viajes de regreso siempre parecen más cortos que los de ida. E inmediatamente recordó el momento de la partida, apenas unos días atrás, cuando Analópez se despedía de él y le entregaba el frasco de corazones.

—¡El frasco de corazones! —gritó, mientras la nave aterrizaba con ruido de truenos y luces de rayos y relámpagos, en el patio anochecido de su casa.

Analópez lo esperaba en la puerta de su galpón, donde había estado trabajando con su enorme cuadro de amapolas. Se abrazaron, fueron a la cocina y mientras preparaban la cena, Josepérez le contó a su mujer la gran aventura del planeta

escondido detrás de la luna. Y al final del relato tuvo que contar, también, que el frasco de corazones volvía vacío.

—Había pensado llenarlo de pintura verde —dijo, levantando el frasco con una mano, mientras lo miraba, apenado—. Pero al final, me olvidé y volvió tan vacío como se fue.

—¿Quién dijo que volvió vacío? —preguntó Analópez, sonriendo.



—Si no tiene nada... —dijo Josepérez, mirando extrañado a su mujer.

—Nada, no. Tiene un corazón de menos —dijo ella, señalando el lugar donde antes había estado el corazón más gordo de todos y ahora solo se veían unas rayas en diagonal, dejadas por la varita de metal de los diminutos al raspar la pintura.



Josepérez comprendió que su mujer tenía razón. Esas rayitas en el vidrio eran el testimonio de que el corazón de menos estaba en poder de los diminutos, amado y multiplicado en montones de charcos de pintura roja.

Después de tomar dos platos de sopa cada uno, Josepérez y Analópez colocaron el frasco de corazones en la biblioteca, entre el costurero de caracoles de Mar del Plata y un platito de madera con una tortuga dibujada y una frase que decía: Recuerdo de Pehuajó.

—¿Queda lindo, no? —dijo Analópez.

—Hermooooosoooo... —dijo Josepérez, bostezando con la boca abierta de par en par.



Ninguno de los dos dijo nada más y se fueron a dormir. En el camino Josepérez volvió a bostezar y Analópez lo imitó. Cualquiera sabe que no hay nada más contagioso que los bostezooooos... ¿No?







13



Norma Huidobro

**JOSEPÉREZ,
ASTRONAUTA**

VIAJAR A LA LUNA NO ES SENCILLO. SE NECESITA UN TRAJE ESPACIAL, UN COHETE Y LA SEGURIDAD DE HABER HECHO MUY BIEN LOS CÁLCULOS PARA NO EQUIVOCAR EL DESTINO. JOSEPÉREZ SE HA PREPARADO MUY BIEN: YA ESTÁ LISTO PARA DESPEGAR...

NORMA HUIDOBRO NACIÓ EN LANÚS, PROVINCIA DE BUENOS AIRES. ES PROFESORA EN LETRAS, GRADUADA EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. EN 2004 GANÓ EL PREMIO EL BARCO DE VAPOR CON SU NOVELA **OCTUBRE, UN CRIMEN**. EDICIONES SM TAMBIÉN HA EDITADO SU NOVELA **UN SECRETO EN LA VENTANA**.

A PARTIR DE 7 AÑOS

ISBN 978-987-573-478-4

001000 3000109

